



Entre la ofensa y la adulación: Peter Sloterdijk y el desprecio de las masas

María Isabel Quiñones
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

Sometido: junio, 2011

Aceptado: julio, 2011

Los más de diez años transcurridos desde la publicación del libro *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*, de Peter Sloterdijk, pueden constituir una invitación para considerar los argumentos del autor a la luz de las protestas masivas con las que se inaugura el siglo XXI y las que en este momento, para dar algunos ejemplos, se desatan en Egipto, Libia y Madrid.^{1*} Otro posible abordaje es la crítica del autor a una masa sujeta a los medios de comunicación que, desde mediados del siglo XX, ha dejado de percibirse como una magnitud capaz de confluír y actuar. Esa masa no sale a las calles y se ha alejado de aquella situación en la que su aglomeración era una posibilidad peligrosa o cargada de esperanzas. ¿Cómo explicar la simultaneidad de ambos fenómenos en los tiempos que corren? Ciertamente, nuestro autor elabora ambos temas en este libro, la masa en las calles y la masa virtual. Sin embargo, reconozco que su intención principal es otra. Sloterdijk está más interesado en la genealogía del concepto masa y su lugar preeminente en el *corpus* del pensamiento moderno y será en torno a esta última apreciación que girará mi reflexión.²

El desprecio de las masas se inspira en una conferencia dictada en la Academia Bávara de Bellas Artes, el 1 de julio de 1999, que luego se publicó en formato de libro en el año 2000 y se tradujo al español por Germán Cano en el 2002. El ensayo debe pensarse en el contexto de una vasta producción intelectual que, desde *La crítica a la razón cínica* y *Normas para el parque humano*, pasando por la trilogía *Esferas* y arribando en *Ira y*

¹ Peter Sloterdijk, *El desprecio de las masas*. España, Pre-Textos, 2002.

² El origen de este ensayo se remonta a una conferencia que pronuncié, el 11 de mayo de 2011, como parte de las actividades organizadas para el ciclo “Tardes de teoría y crítica”, a cargo del colega del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, profesor Juan Gelpí. Los eventos y situaciones que se mencionan en el texto corresponden a ese momento histórico.



tiempo, dan cuenta del perfil de un intelectual que ha impactado nuestro modo de concebir la filosofía social. Por lo complejo que resultaría la tarea, y en parte porque no me considero una experta en su obra, he obviado las posibles conexiones y desplazamientos entre sus textos. Un lector asiduo de la obra de Sloterdijk podrá constatar que en sus más recientes publicaciones se configura un método que trasciende el andamiaje teórico que se postula en *El desprecio de las masas*. Sin embargo, el giro no cancela ni anula sus elaboraciones en torno a la masa y más bien ofrece una oportunidad para su puesta al día. De aquí que me proponga abordar este texto en su singularidad y desde los modos de argumentación del propio Sloterdijk.

Al tratarse de una reflexión filosófica de un problema inherente a la sociedad contemporánea, me veo involucrada en complicadas aproximaciones. Para aquellos y aquellas que como yo, sintieron sorpresa y consternación ante las expresiones de júbilo -muchedumbre tarareando himnos, ritos de celebración, homenajes y discursos triunfales- que siguieron al asesinato de Osama Bin Laden, no hay tarea más urgente, parafraseando a Sloterdijk, que la de provocar a la masa que está dentro de nosotros.

El desarrollo de la masa como sujeto: antecedentes filosóficos

Quien pretenda involucrarse en la empresa de los discursos en torno a los sistemas sociales actuales y sus poblaciones, las elites y las masas, los iguales y los más iguales, los muchos y los muy muchos, ya se ha decidido, sépalo o no, bien por la opción de desarrollar y ofender a la mayoría, o bien por adularla y seducirla. (P. Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p.32.

Para Sloterdijk no es posible pensar las luchas culturales y los combates ideológicos militantes de nuestro tiempo sin abordar el desprecio de las masas en su doble acepción: por un lado, como desprecio a los privilegios, en este caso por parte de la masa, y, por otro lado, como desprecio al que desprecia y sus mutuos entrecruzamientos. Allí donde los intelectuales tienen que elegir en relación a un colectivo dos posibilidades



asoman: una comunicación vertical, en la que está implícito un sistema de distinciones que a menudo ofende, y una comunicación horizontal, en la que está implícito un desprecio invertido. Esto último es así porque la adulación no es otra cosa que un gesto condescendiente con respecto a los muchos. Y en el corazón de ese enfrentamiento, la búsqueda del reconocimiento. Negar el reconocimiento significa despreciar; del mismo modo que rechazar y desestimar un posible contacto significa sentir repugnancia.

El desprecio, nos dice el autor, ha dejado de ser un afecto reservado para los que están colocados bajo el sello de la insignificancia cósmica: el populacho, los extranjeros, los excluidos. Hoy se desprecia al político, a la maestra, al doctor, al juez y al intelectual, por igual. El sistema de distinciones no responde a las categorías de antaño, sino a un vocabulario, a unos criterios y juegos lingüísticos en los que la masa asegura que ella es la más bella del mundo. Pero, ¿cuál masa? Ese concepto ha mutado a lo largo de varios siglos, tanto como nuestra experiencia de lo social. En este punto hay que decir que es una enorme tarea la que emprende nuestro autor, un recorrido que nos deja exhaustos.

Cuando Sloterdijk alude a las luchas culturales de la sociedad moderna se refiere tanto a las del siglo XX, que dan cuenta del desarrollo de la masa como sujeto, como a las que se libraron -y se siguen librando- en el plano de las ideas y que giran fundamentalmente en torno al poder y las formas de expresión que proceden de las mayorías. Será esa máxima, -“el desarrollo de la masa como sujeto”-, la que, según Sloterdijk, dirigirá el comportamiento de la época de los nacionalismos -nuestro pasado- y la fase actual de crisis de la soberanía estatal. Nos advierte el autor: “El estrecho sendero que conduce a la dignidad del sujeto universal, parece, sin embargo conducir más hacia abajo que hacia arriba”.³ En ese trayecto, dedica buena parte de su reflexión a los filósofos que se echaron a sus espaldas el proyecto de desarrollar, parafraseando a Hegel, “la sustancia en sujeto”.

La masa -aunque no se le llamaba así- hace su aparición en la escena teórica de la Edad Moderna como una figura homogénea de sometidos bajo la autoridad de un

³ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 41.



soberano modernizado técnico-estatalmente. “Su rasgo más significativo es la sumisión racional por propio interés o la pasividad voluntaria bajo el Estado.”⁴ En el pensamiento hobbesiano atisbamos la confrontación política decisiva entre la multitud y el pueblo. Para Hobbes, la multitud es inherente a un estado de naturaleza y precede la institución del cuerpo político. El pueblo, en cambio, está estrechamente ligado a la existencia del Estado. Sloterdijk pone énfasis en el problema fundamental que Hobbes enfrentó: lograr que los individuos dejaran de privilegiar la pasión de autoestima, -causa principal de los conflictos y las guerras civiles-, pues “sólo cabe garantizar esta sumisión general y homogénea si existe en la naturaleza humana algo que, bajo cualquier circunstancia, sea susceptible de ejercer una influencia más poderosa que esa pasión ávida de prestigio, honor y de consideración, de la que sus contemporáneos habían ofrecido un testimonio tan evidente como funesto a lo largo de los diez años que habían durado las guerras civiles”.⁵

Hobbes encontró en el miedo a la muerte el fundamento universal del sometimiento como cuidado racional de uno mismo. Todo exceso y elevación del humano será recusado *a priori*. El imperativo es mantenerse en el centro, en tanto ciudadano, súbdito y ser humano. Para eso la naturaleza humana debe ser, al menos teóricamente, calculable, educable y gobernable. De ese interés por una subjetividad uniforme arrancará la sospecha de una vulgaridad universal. En este ejercicio de desverticalización, como lo llama Sloterdijk, el hombre es colocado abajo: “Una tendencia al desprecio de todos por todos se infiltra bajo un control metodológico en las premisas que conforman la moderna doctrina política del hombre”.⁶ Esta doctrina es la que cree que ha dominado la antropología política hasta nuestros días.

Tan importante es ese precedente, que su huella se dejó sentir en los teóricos de la sociedad de masas del siglo XIX y principios del siglo XX: Tocqueville, Stuart Mill, Ortega y Gasset y Gustave Le Bon, entre otros. Para el primero, por ejemplo, las turbas

⁴ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 35.

⁵ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 37.

⁶ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 41.



que amenazan con su barbarie a la sociedad deben estar situadas en el afuera. Para Ortega y Gasset, la amenaza viene de abajo, pues la rebelión de las masas es equivalente a una invasión vertical de los bárbaros. El espectro de la multitud, como negación del pueblo hobbesiano, también anida en la horda primitiva de Freud. Es la sustitución del poderío individual, -tachado de fuerza bruta-, por el de la comunidad lo que representa el paso decisivo hacia la cultura, el derecho y la justicia. Pero lo reprimido siempre amenaza ese orden: los hombres no son criaturas tiernas y necesitada de amor, sino, por el contrario, seres entre cuyas disposiciones instintivas debe incluirse una buena porción de agresividad. Sloterdijk nos regala una cita de Freud, extraída de *Psicología de masas y análisis del yo*, donde las pulsiones de muerte se igualan a la conducta de la masa: “Nuestra alma no es una unidad pacífica, autorregulada. Ella es más bien comparable a un Estado moderno, en el que una chusma ansiosa de placer y de destrucción tiene que ser sojuzgada por una clase superior y más juiciosa”.⁷

En el análisis de Michel Foucault sobre las estrategias de normalización, que juegan un papel tan decisivo en el desarrollo de la biopolítica, y el principio del cuidado de sí intuimos la presencia de ese sujeto universal. Aunque no se los menciona, reconozco en autores como Antonio Negri, Michael Hardt y Paolo Virno una preocupación por esa multitud que en las elucubraciones de Hobbes queda en el afuera, ese destituido que es una amenaza latente a un orden impuesto.

Por su parte, Sloterdijk traza la genealogía de un discurso aristocrático y alto-burgués, que va de Maquiavelo a Hegel, en torno al “populacho” y su conversión en “pueblo”. Un ejercicio de inclusión abstracta y de exclusión en el plano concreto. El autor ilustra nuestra deuda con una tradición filosófica cuyos máximos exponentes -Hobbes, Rousseau, Maquiavelo, Spinoza, Voltaire, Hegel, Heidegger, Marx, Arendt, Jaspers, Benjamin, Adorno, entre otros- se debaten entre el desprecio de una masa concebida como inculta y peligrosa, y su celebración en tanto masa preñada de posibilidades. Maquiavelo, por ejemplo, alcanza a pensar que las buenas leyes surgen de los tumultos,

⁷ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 66.



pero al mismo tiempo ve en el pueblo la amenaza más insidiosa y permanente contra las instituciones políticas. El espíritu ilustrado de Voltaire hace manifiesto su desprecio en una de sus frases célebres: “Cuando la canalla se mezcla en los asunto de la razón, todo está perdido”.

La tendencia en Sloterdijk de colapsar a “los muchos” en la muchedumbre, las turbas, el *vulgus* o el pueblo puede incomodar a los que se inclinan por distinciones rigurosas. En ese sentido, vale la pena reconocer que él organiza su análisis prestando mayor atención al devenir de las mayorías en las filosofías de la modernidad, que a sus particularidades históricas. En este punto, resalta el análisis que hace en torno al fenómeno de la deslegitimación de la nobleza política; la primera pasión política burguesa que logra imponerse a lo largo de toda una época como nueva exigencia político-ideológica. En esa narrativa, el señor de ayer se transforma en un vampiro condenado a sufrir una sed insaciable. Mientras, la dimensión oscura de la masa de siervos deja de ser objeto de desprecio cuando ésta toma el poder apoyándose del trabajo y del dominio de la dimensión material de la existencia. La teoría sobre las nuevas relaciones de las masas con la sociedad constituirá uno de los pivotes fundamentales de la racionalización con la que se recompone el papel de una burguesía que, de revolucionaria, pasa a controlar y frenar cualquier revolución. Como afirma Sloterdijk, no podemos negar que la historia de la Edad Moderna también representa una serie de rebeliones de diversos grupos contra el desprecio o la falta de aprecio.

La lucha por el reconocimiento y contra el desprecio

El descubrimiento de la masa como sujeto implicó, según Sloterdijk, la elevación de lo exento de interés al rango de lo interesante. Si el desprecio tiene sus antecedentes filosóficos, también tiene su historia esas formas de adulación y de seducción consistentes en querer elevar al conjunto de los muchos al punto de vista de la razón o la madurez. Sloterdijk elige a Spinoza como un antecedente histórico del interés positivo en la masa. De hecho, Spinoza concibió al *vulgus* como una suerte de modificación de la



sustancia divina. La tendencia de los muchos a las representaciones sensibles y las imágenes y sensaciones, así como a los deseos, la cólera, la envidia y los celos, -estos últimos ajenos a la comprensión racional-, representó un reto para el filósofo. Spinoza no abrigó la ilusión de la superación de ese modo de ser a través de la educación, como lo hicieron los herederos -digamos que vulgares- de su pensamiento. Más bien propuso un modelo de vida social donde el odio, la envidia y el desprecio no tuvieran cabida; un orden susceptible a cubrir las necesidades de esa multitud sustituyendo en imágenes lo que el discurso no es capaz de hacer.

Cuando formuló el principio de toda praxis radical progresista, Marx también insistió en el imperativo categórico de abolir todas las relaciones en las que el hombre sea una criatura degradada, esclavizada y despreciada. Para el pensador alemán, ese desprecio se origina en el sometimiento de las mayorías al sistema del trabajo alienado. Marx anticipó, denuncia Sloterdijk, que la ira de clase provocaría una irrefrenable necesidad de compensación y venganza que se desbordaría en sanguinarias revoluciones y, muy particularmente, en la búsqueda de reconocimiento.⁸ Si uno sigue el hilo de la reflexión de Sloterdijk, con sus abruptos virajes y sin objetar el colapso de la masa en el pueblo, los muchos, las mayorías o el proletariado, comprende por qué la cultura de masas está ligada al ensayo de desplegar lo antes exento de interés en lo más llamativo. Nuestro autor se nos presenta en sintonía con pensadores como Theodor W. Adorno, en su trabajo sobre la industria cultural y el arte; Walter Benjamin, a propósito de lo popular como experiencia productiva, y Hannah Arendt, en su análisis sobre el ascenso de la esfera de lo social a expensas de la esfera pública. Es la preocupación por una sociedad compuesta de individuos desgarrados del cuerpo colectivo -*the loney crowd*- y cercados por los medios de comunicación en el marco de situaciones de dominio totalitario lo que atraviesa gran parte de la obra de Arendt y sus contemporáneos.

Para Sloterdijk, es la alianza entre trivialidad y efectos especiales la materia prima de todo experimento pasado y futuro de control mediático. Ahí se anudan las masas: en

⁸ Sobre el tema de la ira y el resentimiento véase: Peter Sloterdijk, *Ira y tiempo*. Madrid, Siruela, 2010.



las originarias situaciones psicosociales del totalitarismo y en las condiciones actuales como masas fraccionadas, mediáticas y posmodernas, de las que nos habla el autor. La masa de Canetti, esa marea desinhibida en la que ninguno es más ni mejor que el otro, encontró en el Führer un objeto de idolatría a su misma altura. En el fondo, no fue más que una forma de desvío del deseo de reconocimiento: “En su incomprensible vulgaridad, Hitler demostró que gritar todavía servía para algo.”⁹

Es en ese plano horizontal que el culto al líder de masas, de la primera mitad de siglo, se encuentra, en su segunda mitad, con el culto al estrellato de la masa ansiosa de entretenimiento. Esta última ya no se expresa de manera adecuada en asamblea física y se ha alejado de aquella situación en la que su aglomeración era una posibilidad peligrosa o preñada de esperanzas. Los muchos han dejado de percibirse como una magnitud capaz de confluír y actuar: “Ahora se es masa sin ver a los otros.”¹⁰ Sin embargo, la masa nunca abandona su deseo de reconocimiento, sentimiento que se intensifica al calor de una industria cultural que ya cuenta entre sus adeptos a las elites intelectuales. Por eso, cuando aparece una estrella mediática, al decir de Canetti, “todo está lleno de hombres”.

Sloterdijk visualiza la historia social más reciente como una serie de campañas encaminadas a la institucionalización de la autoestima y en las que nuevos colectivos exponen sus propias exigencias de reconocimiento. El sujeto que reclama se comporta, por una parte, como un centro de acción que, al igual que el señor en otros tiempos, puede amenazar, y, por otra, reconociendo en sí mismo una posición elevada de auténtica humanidad. Ante la constatación de que las cosas no son como eran, detecto en las posiciones del autor cierta nostalgia por las categorías que hasta hace poco establecían una distinción entre sabios y comunes, dotados y no dotados, hombres divinos y hombres a secas. Igualmente, Sloterdijk arremete contra los que convierten su debilidad en un desprecio moralizador de los fuertes -los resentidos en la obra de Nietzsche- y que verán extinguirse la luz de la última estrella sin asomo de tristeza. Es importante recalcar que el resentimiento es una de las preocupaciones de nuestro autor en su libro, *Ira y tiempo*. En

⁹ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 25.

¹⁰ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 17.



éste, la ira se presenta como un factor político-psicológico que impulsa la historia de Occidente hasta nuestra época.

Cualquier análisis del desprecio y la búsqueda de reconocimiento y su mutación en el resentimiento tiene que remontarse a los orígenes de un proyecto democrático que intentó comprender la otredad de otro modo: eliminando las diferencias encontradas y sustituyéndolas por diferencias hechas o fabricadas. Un combate entre el sometimiento y la autodeterminación, entre el talento natural y el aprendizaje, entre la genialidad y los procesos de producción, entre la excelencia y la virtuosidad. El primer golpe a la categoría de sabio, nos dice Sloterdijk, lo asestó la teoría de la evolución al extraer el predicado *sapiens*, opuesto al término *insipiens vulgus*, para convertirlo en definición de la especie: *Homo sapiens sapiens*. “El igualitarismo científico escupe por partida doble a los pies de las elites filosóficas.”¹¹ Esta aseveración nos recuerda el ya famoso debate, y para algunos escándalo, Sloterdijk-Habermas, en el que se le acusa de abogar a favor de la intervención biotécnica en la planificación del género humano. Sin embargo, ya no sorprende su apuesta por una intervención que abriría ante nosotros un nuevo horizonte evolutivo. El desmoronamiento de las categorías que demarcaban las diferencias no se puede atribuir exclusivamente a una revolución en las calles. Mucho tiene que ver con lo que ha acontecido en la academia, los laboratorios, los mercados y las redes digitales.

“Es una venganza de la historia en nosotros, los igualitaristas, que también tengamos que vérnoslas con la obligación de distinguir.”¹² La sociedad secular no ha abandonado del todo la cuestión de las distinciones. He ahí el conflicto perenne entre verticalidad y horizontalidad. Los interesados en desarrollar la masa -digamos, los aduladores- manifiestan su deseo de que todas las distinciones sean distinciones de masa. El respeto igualitario se da en el marco de un espacio neutral, como una concesión a una insignificancia que nadie cuestiona. En cambio, los que manifiestan su crítica y se orientan a no perder por completo la altura de lo excelso, ofenden a la mayoría.

¹¹ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 82.

¹² Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 89.



Al final del texto, Sloterdijk recala en el viejo conflicto entre el señor y el siervo, y lo recompone para dar cuenta de un siglo en sus postrimerías. Si los siervos pretendían que todos fueran señores y así dejar de servir, los que hoy se desempeñan en el servicio público, los administradores, los políticos y los trabajadores de la cultura sólo están al servicio de sí mismos. En esa observación detectamos el filo político de su crítica y, quizás, la todavía pertinencia de su análisis en el siglo XXI. El tono cínico del autor no impide que culmine su texto con una afirmación positiva sobre la masa: “Ella encierra una diferencia hacia lo mejor, que, como todas las distinciones relevantes, solo existe cada vez que -y mientras- se hace”.¹³ En el devenir de las luchas culturales, tanto como en las del pensamiento, se juega el presente y futuro de lo social.

¹³ Sloterdijk, *El desprecio de las masas*, p. 99.